

los pueblos son siempre imbéciles; pero una generación no soporta dos veces la misma comedia, está advertida, se cansa y silba, porque la fortuna no sigue dos veces la misma pista. Tiberio no ignoraba que habría sido estrangulado entre las puertas que se abrieron a Agripa de par en par; sólo el temor pudo hacerle cometer tal falta, quien expiará pesando sobre el resto de su vida de una manera tan extraordinaria, como la educación de Augusto.

La historia del Imperio Romano, es la historia de una serie de personalidades. Un solo hombre conduce el universo durante uno o veinte años: del estado moral de ese hombre depende la felicidad o la desgracia del mundo; si es bueno, si es señor de sí mismo, la humanidad respira, y no teme más que a su ancianidad y a su sucesor; si es malo, si su inteligencia está pervertida, la humanidad atraviesa los días más sombríos y no espera más que la muerte. En el estudio de tal historia la psicología es importantísima. El alma cuya medida ha sido la de los destinos del universo, es preciso que la historia la sondée, que la explique, para comprender perfectamente los actos exteriores, que son la manifestación de sus enfermedades, o de su salud. Esto lo dijo un poeta de la corte, el mismo Horacio:

Quidquid "delirant" reges, plectuntur Archivi.

"Estudiar el reinado de cada tirano es analizar su lo cura."

Tácito, el gran pintor que ha colocado sobre el rostro de Tiberio sombras tan terribles, aumentó más bien que penetró su profundidad: por la magia del colorido le dió proporciones muy bellas pero no lo puso tan bajo como merecía, al lado de la mayor parte de los hombres, inferior a las gentes de corazón, al simple nivel de esos monstruos que tiemblan, al mismo tiempo que hacen temblar a los demás.

Ninguno se ha ocupado de analizar psicológicamente a Tiberio, durante su permanencia en Rodas (de los 35 a los 42 años), prolongada durante ocho años, en la edad de la madurez, que imprime a cada naturaleza un sello definitivo, permanecía ocioso, estéril, lleno de fastidio, de vicisitudes y de terror, que redujeron a aquel orgulloso sin grandeza, al estado moral más lamentable.

Todo fué bien durante los primeros días. Tiberio llegaba con el prestigio del imperio, era yerno de Augusto, hijo de Livia, estaba revestido del poder tribunicio, aureola política que ejercía sobre la imaginación de los Griegos, la misma influencia que el recuerdo reciente de Agripa. El recién llegado se estableció como simple particular con sus amigos Atico, Julio Marino y Lucio; escogió una casa modesta, sin lujo, y se dejó ver como un príncipe sencillo. Gozaba de los placeres de la novedad, era libre, respiraba, olvidaba sus penas, cantaba las dulzuras de la vida y no le faltaban distracciones. Por lejos que estuviera Rodas, los vientos son indomables, los pilotos torpes y casi siempre embarcaciones que habían perdido su ruta, anclaban en los puertos de la isla: ya un procónsul que volvía del Asia, ya un magistrado que a ella iba, ya un tribuno militar que llevaba un mando a Oriente, ya centuriones que volvían con licencia, hablaban con Tiberio; y los atrevidos navegantes de la Grecia y de Egipto, afirmaban que solo habían prolongado su viaje para saludarle. Se hablaba de Roma, de los negocios públicos, de las continuas enfermedades del Emperador, de la incapacidad de sus nietos, de sus prematuros excesos, de las campañas de Tiberio, de las victorias pasadas y de las esperanzas venideras; todos los movimientos administrativos en Oriente se resolvieron a los pies de Tiberio, y nunca la isla se había visto visitada por tan gloriosos personajes. El retiro tenía sus compensaciones, y los

funcionarios trataban de probar a Tiberio, que eran capaces de fidelidad a la desgracia voluntaria o fingida, o próxima a convertirse en un triunfo más espléndido.

Aun tuvo un día de verdadera alegría cuando supo que Livia no teniendo ya que ver por el interés de un hijo ingrato, cediendo a un deseo de venganza largo tiempo contenido, había perdido a Julia. (1) Tiberio se manejó galantemente, escribió a Augusto no para implorar gracia en favor de una mujer a quien detestaba, sino para suplicarle le dejase los regalos que había recibido de su esposo. Pensaba hacer la corte a un afilido padre, y aprovechó esta ocasión para entrar en correspondencia con el emperador, sin comprender que el último lazo que a él le unía, se había roto por el destierro de Julia.

El respeto de los insulares a Tiberio, no disminuía aunque él afectase para ellos una perpetua igualdad. Tomaba parte en sus ejercicios en los gimnasios, frecuentaba sus escuelas, escuchaba a los maestros, aplaudía a los sofistas; y seguía los cursos, lo que era de moda bajo el imperio, como en todas las épocas de inacción política, y en que se tiene amordazada la elocuencia: pero señores, no os espante este ejemplo, no es sólo el papel de oyentes el que forma los Tiberio.

Un día le olvidó, y dejó ver la garra. Un sofista al que en una discusión no le quiso conceder la razón, se volvió contra su adversario llenándole de invectivas. Tiberio no dijo una palabra, salió y volviendo con algunos guardias le hizo llevar a la prisión en nombre del poder tribunicio. Cesaron de reír. En cambio, Tiberio se confundió en excusas e hizo ostentación de humildad, así con el más pequeño como con el más grande, con los enfermos y moribundos que la víspera ha-

(1) Véase Augusto, su familia y sus amigos.

bía declarado querer visitar, y a los que los magistrados de la isla habían hecho reunir brutalmente delante de su puerta. El equilibrio estaba restablecido con una precaria popularidad.

Tiberio languideció realmente estaba devorado por el fastidio, su oído estaba atento hacia lo que pasaba en Roma, pero las noticias eran más raras, las visitas menos frecuentes, y el quinto año en el momento en que espiraba el poder tribunicio que le hacía inviolable, el desterrado voluntario fué presa de una amarga inquietud.

Escribió a Augusto para confesarle, que no había tenido al dejar a Roma a su pesar, y contra la voluntad de su madre, otro objeto que ceder el puesto a Cayo y a Lucio, sus nietos, a los que podía hacer sombra, y que ya que estaban sólidamente establecidos en la segunda dignidad del Estado, suplicaba se le permitiese volver a ver a su familia, y a sus amigos.

La respuesta fué tan exacta como cruel. El Emperador le declaraba, "que permanecería en Rodas, y que no contase con ver más a los que tan voluntariamente había abandonado." (1) Ningún consuelo, ninguna esperanza, ninguna promesa. El poder tribunicio no se le había prorrogado, y Livia por el mismo correo, advertía a su hijo que para librarle del desprecio de los súbditos cuyo igual tenía que ser, con trabajo había obtenido en su favor, el título de teniente de Augusto, "le gatus Augusti."

Os parecerá, señores, a primera vista, que esta respuesta no tenía una inmensa gravedad; desengañáos, el cambio que se operó en la situación de Tiberio fué com-

(1) 'Etiam admonitus est dimitter et omnem curam suorum quos tam cupide reliquisset. (Suetonio. Vida de Tiberio, XL.)'

pleto, lleno de peligros, terrible. En un mundo constituido como lo estaba el romano, y tan acomodado al servilismo, que adoraba como a dioses a los que ejercían el poder, caer en desgracia era lo mismo que una condenación; desde que el soberano retiraba su mano protectora, el favorito era menos que un proscrito, pues mientras más elevado estaba, más profundo era el precipicio que se abría a sus pies.

Todo cambió en Rodas. Esos magistrados que habían rodeado a Tiberio de obsequiosas adulaciones, tornáronse en arrogantes, y ni aun firmaban las cartas que le dirigieron. El gramático Diódoro, cuyo curso público seguía todos los sábados, le rehusó una lección particular que solicitaba, respondiéndole que podía volver el sábado inmediato. Las miradas de los transeuntes eran malignas, una sonrisa de desprecio se dibujaba sobre sus labios. Tiberio se turbó, y ese sentimiento de temor que había contraído al lado de Augusto desde sus primeros años, aceleró los latidos de su corazón. Por fortuna, Cayo, el mayor de los jóvenes Césares llega de Oriente, y se detiene en Samos, donde se reúne su corte, Tiberio marcha en una galera para obtener su gracia, se torna en pretendiente, y vuela hacia las costas de la isla lejana; él, que en otro tiempo veía que tantos romanos se apresuraban a ir a Rodas.

Pero, ¡hay! Cayo le recibió de una manera glacial; el caballero romano Lollio, el hombre de confianza de Augusto y de Livia, el compañero, o como diríamos hoy, ayo del príncipe, le ha indispuerto contra Tiberio, porque es su enemigo, y ha jurado su pérdida. Parte Tiberio lleno de agonía, que no debía calmar una carta de Augusto que le esperaba en Rodas; pues en ella le reprochaba que tenía conversaciones equívocas con los centuriones, sus criaturas, que volvían a las legiones de Oriente, dejándoles entrever la posibilidad de una revo-

lución. ¡Qué respuesta dió entonces Tiberio, cuántas protestas, cuánto fuego, cuánta desesperación! pide vigilantes, guardianes, espías y agrega: "que se me vigile, que se recojan todas mis palabras, que se dé cuenta de todas mis acciones."

Al punto deja la ciudad, renuncia a sus paseos, a sus ejercicios, a todo placer que le aproxime a los hombres; acabaron para él el gimnasio, la caza y los caballos, deja la toga y adopta el traje griego, para perder hasta la apariencia de ciudadano romano. Se convierte en objeto de aversión para los isleños, que sabían lo que había pasado en Samos, y le evitan como a unapestado. El mismo, bajo la impresión de la carta de Augusto, huye las miradas, se retira al interior de la isla, se aparta de los puertos y de las playas accesibles, de temor de que le vea un centurión y excite nuevas sospechas. Mal conocía a sus contemporáneos; en lo sucesivo nadie lo visitó.

Su terror se aumenta sin cesar: llega a sus noticias que los habitantes de Nimes con su natural viveza ostentaron de una manera muy clara su hostilidad contra él. Las estatuas que tan apresuradamente le levantaron cuando apenas tenía veintiseis años, las echaron por tierra más pronto todavía, para complacer al hijo de Agripa. ¡Cuánto había de pesar más tarde su conducta a los hijos de Nimes, y qué ejército de estatuas debía reparar el desfallecimiento de su entusiasmo imprudente, a fuerza de prudencia! Tiberio ve en todo, el odio de Cayo, y sabe por último, que en un festín los amigos del príncipe se entregan a las más atroces bur-las sobre el "desterrado de Rodas," y que uno de ellos se ofrece para cinglar desde luego hacia la isla y llevar la cabeza del proscrito.

Entonces se entrega Tiberio a una negra melancolía, y sufre torturas dignas de piedad: para él todo es ame-

naza, todo peligro; desconfía hasta de sus más íntimos amigos, huye a las selvas, se oculta en las montañas escarpadas, y busca las rocas inaccesibles que se encuentran a la orilla del mar. Un solo hombre, Thrasylo, se le acerca, un astrólogo, un charlatán, que trastorna su cabeza, por presagios lisonjeros, por decepciones más crueles, y por promesas futuras que redoblan las agónicas presentes. Su razón parece abandonarle: "¡Un viajero! huyamos: ¡un pastor que nos observa! huyamos; una galera que hiende las olas! huyamos..... No. ¿qué traerá? ¿acaso la salud? ¿acaso la muerte? Viene de Italia, ¿traerá alguna carta? Viene del Asia, conducirá algún comisario de Lcllio que deba volverse con mi cabeza?"

Este suplicio, o para mejor decir, este delirio, duró no dos días, ni dos meses, sino cerca de dos años, durante los que, Tiberio envidió el destino del más miserable de los humanos, y la muerte que se habría dado voluntariamente, si no se le hubiera dejado partir de Roma, la temía sin cesar y veía su espectro por todas partes. Conoció, al fin, señores, el peso de ese poder, del que pretendió ocultarse; se substrajo de la mano del Emperador, y éste le retiró su mano por simples represalias, y no era necesario más, para que un abismo se abriera entre él y sus semejantes.

Pero si no había cometido ningún crimen, si era inocente, si nadie le había condenado, si había una justicia y una policía, si tenía el derecho de vivir y de respirar que toda sociedad garantiza al último de sus miembros, si las leyes le protegen, los magistrados tomarán su defensa, y los ciudadanos volarán en su socorro, ¿por qué temer? No; las leyes callan cuando el Emperador habla, los magistrados se detienen cuando no abre los ojos, los buenos ciudadanos palidecen cuando amenaza. Donde no hay favor no hay ley. El infi-

nito poder de Dios se ha limitado él mismo por leyes generales que rigen el mundo durante la eternidad, y sin embargo, el poder absoluto del hombre sobre el hombre, no tiene valladar. El pajarillo que sufre el rigor de los elementos, tiene preparado un abrigo contra su violencia, los animales que entre ellos se devoran, cuentan con medios de defensa; la Providencia ha colocado siempre el remedio junto al mal; pero para aquel a quien ha abandonado el poder imperial, no hay ni protección ni remedio. En vano huye como el animal perseguido por una jauría, en vano se oculta en los antros como una bestia ojeada por los cazadores; sabe que se le encontrará, que las miradas de todos están fijadas sobre él, que los brazos no esperan más que una señal, y que no puede contarse ya en el número de los vivos, porque el sol le ha retirado ya sus rayos.

¡Qué lección, señores, qué prueba! ¡Cuán fortalecida en esta lucha, cuán consagrada para siempre con el sello de una verdadera grandeza, habría sido una alma superior, valerosa, desinteresada, sostenida por convicciones firmes, animada por el sentimiento del bien y consolada por el patriotismo! ¡Qué inextinguible sed de libertad no hubiera llevado a Roma, qué tesoro de piedad para las víctimas del capricho de uno solo, y qué ternura tan inagotable para los proscritos!

Pero un espíritu que no poseía sino cualidades de segundo orden, cuya fuerza natural era el orgullo de raza, hacía veinte años que se había transformado en hipócrita y bajo, y debía al mismo tiempo quedar desfallecido, enervado, impotente, y frenético por ese régimen de voluntario terror. Tiberio volverá a Roma, para desdicha de la misma Roma, y no volverá como un hombre sino como un simple instrumento flexible por el miedo. La cobardía cívica se envolverá en el manto de la hipocresía, el recuerdo de los males pasados, no

se olvidará, y le inspirará el deseo de hacerlos sufrir a los que ante él palidezcan, el prolongado temor de una muerte violenta le convertirá en sanguinario, para poder exclamar con razón, con el preceptor de sus primeros años, Teodoro de Gaddara: "Es una alma amasada con lodo y sangre."

Y no era esto todo; debía ir a Roma para poner en espectáculo, esa cobardía que era su enfermedad dominante, el estado permanente de su alma.

Compendiaré el relato de su vuelta. Sus cartas estaban escritas con tal desesperación, que Livia o sintió algo de la ternura maternal, que las fieras tienen por sus cachorros, o creyó que Tiberio había llegado al punto de madurez que ella deseaba para la realización de sus planes. Augusto había puesto la suerte de Tiberio en la mano de Cayo César: este tuvo un desacuerdo en su confidente Lollio; y se aprovecharon de esta circunstancia para que volviera el desterrado. Esta ridícula intriga debía ser de consecuencias fatales para el género humano, pues fundaba definitivamente el imperio.

El perdón fué condicional, Tiberio no debía tomar absolutamente participio en los negocios públicos. ¡Dioses inmortales, cuán poco lo deseaba! Entró ocultándose a las miradas de todos, como hacía ocho años se había ocultado, y huyendo de sus enemigos, fué evitado con más cuidado por sus amigos, si algunos le quedaban. No se ocupaba más que de su hijo Druso que en tonces contaba catorce años; dirigió sus primeros estudios en el derecho y la elocuencia, le cedió su casa de las "Carenas," que para él a quien se reputaba sospechoso estaba muy cerca del Forum, y se retiró a los jardines de Mecenas, sobre el Esquilino a la extremidad de la ciudad, en un cuartel [casi desierto. Allí se dedicó a la literatura, y se rodeó de gramáticos y de

pedantes. La filosofía no podía comprometerle, la elocuencia tiene sus arrebatos, y temía despertar hasta la menor sospecha; Tiberio concibió la pasión más violenta por las fábulas y los apólogos; se refan en Roma, pero Esopo era su Dios. Los gramáticos que reunía debían tener en las discusiones la mayor prudencia. El amo de la casa elegía el tema y les proponía cuestiones de este género: "¿Cómo se llamaba la madre de Hecuba?—¿Qué hombre llevaba Aquiles cuando vivía disfrazado entre las hijas de Lycomedes?—¿Qué versos cantaban las Sirenas?"

Este método de vida no podía causarle ningún mal; pero los peligros se encarnizaban sobre el infortunado Tiberio. Lucio, el más joven de los Césares muere en Marcella de un mal desconocido: Augusto estaba consornado; el pueblo gemía; se hablaba de veneno; se acusaba a Livia en voz baja y a su nombre se asociaba el de Tiberio. "¡Vamos, alma meticulosa, que te alienate la audacia, que el miedo sea tu inspiración y la hipocresía tu musa! Canta ese cándido lirio marchito en su tallo: escribe una elegía, que sea tierna, patriótica, que respire el más sincero dolor! Callará la calumnia, Augusto se enternecerá, y sólo se acusará a mi madre Livia." Y... el desgraciado escribió esa elegía sobre la muerte de Lucio y cuidó de hacerla circular.

He aquí, señores, a donde conduce la degradación moral; he aquí en lo que se convierte a la sombra del despotismo, un hombre que bajo un gobierno libre, hubiera sido digno, útil y honrado. El desprecio que tiene de sí mismo, supera al que abriga por los demás, cuando pretende levantarse por uno de esos golpes de la fortuna; que no se atrevía a esperar, y que aun temía, era demasiado tarde, él mismo se anonadaba, el silencio era su moral, la hipocresía su plan y su políti

ca. Había abdicado, no comprendía más que la obediencia pasiva, y como por tanto tiempo la soportara, estaba dispuesto a todo; un día será el señor de Roma, pero en el instante a que nos referimos, era menos que el último de los esclavos, menos que un esclavo: un instrumento sin pensamiento, sin gesticulación, sin habla, marcado con el indeleble sello del terror. El "desterrado de Rodas," explica muy bien el "desterrado de Caprea."

IV

LA ADOPCION

LA adopción de Tiberio y la ancianidad de Augusto comprenden un espacio de diez años, época curiosa, instructiva, llena de moralidades; es decir, de lecciones para los que subordinan los hechos a la moral. Es una larga comedia representada por tres actores de primer orden: Livia, artista consumada, superior a las conocidas, que se eleva sin esfuerzo hasta el drama y hasta la traición. Tiberio, humillado por su permanencia en Rodas, dispuesto a todo, resignado, indiferente, dócil como el esclavo del hogar. Augusto, en fin, el amo satisfecho y engañado, burlado y exigente, disimulado y descuidando del mañana, mezcla de sarcasmo, de ceguera voluntaria y de egoísmo.

Ciertos espíritus burlones pretenden que los soberanos, se proporcionan el placer de la comedia a costa de sus súbditos: confesad, señores, que es muy justo, cuando se presenta la ocasión, que los pueblos usen de las represalias, y se diviertan con la comedia, a costa de